

Uno que procedió menos cobarde,
Sin tener atención á lo que empieza,
Esperimenta del oculto alarde
Lo que suele hacer la dura pieza;
Revuelve luego sin que mas aguarde,
Manando roja sangre la cabeza,
El cual fué tan veloz en la huida
Que la velocidad le dió la vida.

Viéndole revolver de malos modos
Aquellos que quedaban detenidos,
Desordenados revolieron todos
Los unos de los otros impelidos,
Dándose con las manos y los codos;
Unos tropiezan y otros hay caídos,
Y así los indios de los mas cercanos
Un español ovieron á las manos.

Acude Juan de Ampudia por librallos
Con toda la posible lijereza,
Aunque para correr con los caballos
Les da poco lugar el aspereza;
Los bárbaros por bien han de dejallos
Por ir á mas segura fortaleza,
O por se contentar con aquel muerto
Que les tomaron en el desconcierto.

Y con ser brevecilla la tardanza
En aqueste latíbulo primero,
A uno de caballo se abalanza
Un esforzado bárbaro lijero,
Y de las manos le quitó la lanza,
No sin gran confusión del caballero.
Por ser aquellos pasos de tal arte
Que para la cobrar nunca fué parte.

Ellos al fin pasaron la quebrada
Y asentaron real en tierra llana
Con buenas velas, y á la madrugada
Los veinte de la gente mas lozana
Se fueron á poner en emboscada,
Donde tomaron, clara la mañana,
Seis gandules que van por el sendero
Y entrellos aquel indio del sombrero.

Al campo los llevaron maniatados,
Adonde procedieron por justicia,
Y fueron en efecto castigados
Por sus atrevimientos y malicia,
Siendo de muchas cosas preguntados,
Entre las cuales les dieron noticia
Estar muchos caciques en su junta
Una legua de allí tras cierta punta.

Hízoles el temor que se prevengan
Para contravenir con antiuada,
Y por no les cumplir que se detengan
En dar la traza mas proporcionada,
Determinaron ir antes que vengan
A dar adonde están el alborada,
Pues tendría la bárbara pujanza
Algun descuido por su confianza.

El campo se quedó do se tenía,
Con Juan de Ampudia, principal regente;
Fué con cuarenta Francisco García
De Tovar, en las armas excelente,
Y demás de su grande valentía
Circunspecto varon, sagaz, prudente;
Y el sol entrado ya por el ocaso
Vieron los fuegos en un campo raso.

Adonde concurrió la muchedumbre
De aquellas serranías y fronteras,
Usando como tienen de costumbre
La destemplanza de sus borracheras,
Siempre que dan guerrera pesadumbre
A gentes naturales ó extranjeras:
Con la tiniebla pues á la malina
La gente castellana se avecina.

Van algo separados de sus huellos
Delante dellos dos sueltos peones,
Oídos prontos, táctos resuellos,
Con gran tiento mudando los talones,
Hasta poner la vista ya sobrellos,
Tanto, que percibían sus cancionas
Donde bebiendo cuentan sus proezas
Y de los españoles las flaquezas.

Bien explorados del cercano viso,
Bajos los cuerpos como convenia,
Atrás volvieron para dar aviso
Al Tovar y á la gente que venia;
Mas en aquel instante dar no quiso
En ellos, antes algo se desvia,
Hasta que el soporífero beleño
Del vino les agrave mas el sueño.

Jinetes y peones fueron velas,
Lanzas prestas, desnudas las espadas,
Vestidos escolpíes, las rodelas
Embrazadas y puestas las celadas,
Hasta tanto que vieron las candelas
Faltas de resplandor y amortiguadas:
Indicios manifiestos que señalan
Cómo profundos sueños los regalan.

Luego para llegar los espolea
Acomodado tiempo y oportuno,
No con tal movimiento que se crea
Hollar aquel lugar varon alguno,
Pero tan sin rumor cual se menea
Con calma muerta golfo de Neptuno,
Hasta que vieron bultos de fieles
Bárbaros que velaban por cuarteles.

Tocean al arma para lo que resta,
Que es venir á las manos sin tardanza;
Mas su preparacion no fué tan presta
Cuanto la punta de cristiana lanza,
Que con sangrientas obras manifiesta
El deseo que trae de venganza,
Diciendo ¡Santiago! Santiago!
Dando principios al cruel estrago.

Los bárbaros del sueño se enajenan,
Y á los que quieren impedir el daño
Los que huyendo van los desordenan
Y caen en las redes del engaño:
Crece la confusión, los gritos suenan,
Revueltos como suelen en rebaño
Las ovejas de lobos salteadas,
Que ya van juntas, ya descarriadas.

¿Quién os podrá decir lo que hacia
Cuando con dura lanza los aqueja
El valeroso Francisco García
De Tovar, que la tierra dura deja
Blanda, pues de la sangre que vertia
Corre la superficie conveja,
Sin dar lugar á paez ni yalcones
A que puedan formar sus escuadrones?

Y todos los demás andan gallardos
Ansi jinetes como los infantes,
Con manos prestas y los piés no tardos
Al dar de las heridas penetrantes:
Ya huellan por paveses y por dardos,
Por cabezas y miembros palpitanes,
Acudiendo con suma diligencia
Adonde ven alguna resistencia.

Al encuentro con gente que acaudilla
Un cacique salió llamado Meco,
Y el valiente Tovar en la rencilla
El hierro que metió no sacó seco,
Pues la lanza rompió por la tetilla,
Y de allí no paró hasta lo hueco:
Cayó con el dolor de la herida,
Y en el profundo dió mayor caída.

En otros muchos maculó la lanza,
Por cuya causa los de aqueste bando,
Pareciéndoles mal mucha tardanza,
A gran prisa se fueron deslizando;
A questo mismo hizo Pigoanza
Por inculto camino rodeando,
Mas entonces la gente que lo pisa
Fué tanta que á tres leguas se divisa.

Cuando de la region de los argivos
El sol trajo su luz á nuestros puertos,
El campo quedó libre de los vivos
Y lleno y ocupado de los muertos:
No siguen á los indios fugitivos
Mas de por los lugares descubiertos,
Donde muchos andaban embebidos
En despojar el oro de caídos.

Como muchos huan con herida
O ya por el ijar, ya por el pecho,
Y antes que diesen la mortal caída
Podían caminar algun buen trecho,
Un español salió de la medida
Al lugar do pensó hallar provecho,
Y en vez de la ganancia que procura
El misero halló la sepultura.

Porque cuando las manos embaraza
En quitar á defunto cierta pieza,
Un abscondido vivo hizo chaza,
Pues los nervosos brazos endereza
Y descargando la terrible maza
Le hizo dos pedazos la cabeza:
Fué con aquel azar turbia y aguada
La victoria de todos estimada.

Avisaron al campo peregrino
Del buen suceso, sin inconveniente
Otro quel dicho, por el desatino
Y cudicia notable del paciente;
El capitán Ampudia luego vino
Con mas caballos y la demás gente,
Que con las condiciones de la guerra
Corrieron por allí toda la tierra.

Entró hasta los paez la contienda,
Nacion guerrera y en estremo brava,
Adonde no hicieron la hacienda
Tan á su gusto como se pensaba,
Por hallar quien la tierra les defienda,
Proveida de tiros el aljaba,
Y tal bravosidad y pertinacia
Que no fué de los nuestros sin desgracia.

Porque en batalla dura tan reñida
Cuanto deseo de vencer ordena,
Al Juan de Ampudia dan una herida
Que del cuello rompió la blanda vena,
Y á pocas horas exhaló la vida:
De que se recibió crecida pena,
Por ser un valeroso caballero
Y en armas y consejo marte fiero.

No sin recelo de mayor ruina,
Como ya por momentos los asechen
Escuadrones de gente convechina
En pasos puestos que les aprovechen,
Francisco de Tovar se determina
Salir de Paez antes que los echen,
Y así desampararon sus terrenos.
Y á Popayán llegaron todos buenos.

Dejemos estas gentes descontentas
Haciendo por Ampudia sentimiento,
Y á guerras mas crueles y sangrientas
Vuelva mi peregrino pensamiento;
Pues los que en Timaná tienen sus rentas
Piden la reflexion de mi talento,
Para que con prolijo canto diga
La gran prolijidad de su fatiga.

CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Gaitana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timaná con mas de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron.

Ningun animal hay de su cosecha
Tan cruel, tan protervo ni tan fiero,
Cuanto flaca mujer, si se pertrecha
(Para vengarse) de furor severo;
Y aun con matar no queda satisfecha,
Siendo de las venganzas lo postrero,
Pues muchas dellas con los cuerpos muertos
Usaron detestables desconciertos.

Estas costumbres son de largos años
Entre mujeres varias insolentes,
No solamente para con estranos
En nacion y linaje diferentes,
Pero también se estienden estos daños
A los padres, hermanos y parientes,
Porque su crueldad y su demencia
Caminan sin que hagan diferencia.

Destá bestialidad testigo sea,
Sin que de mas hagamos escrutinio,
El torpísimo hecho de Medea,
O de Tulia la hija de Tarquinio,
O Scila que por apetencia fea
Quiso quitar al padre su dominio,
Con otras cuyo pecho furibundo
Causó notables daños en el mundo.

Y si por causa débil y liviana
Aun suelen concebir odios mortales,
¿Qué podremos decir de la Gaitana
Revestida de furias infernales?
Contra la poca gente castellana
Convoca multitud de naturales,
Y para que mayor venganza vea
A todos los aguija y espolea.

Nunca jamás siguieron al de Tracia
Tantos absortos en sus dulces sonos,
Cuantos á ella, vista su desgracia,
Querellas, lloros y lamentaciones:
No faltaban razones y eficacia
Que mueven los humanos corazones;
Y así tanto valió con estas gentes
Que de su voluntad están pendientes.

Teniendo pues la voluntad ganada
Hasta del mas lejano señorío,
Habló con Pigoanza la malvada
Y en la resolucion lo halló frío,
Poniendo por excusa la pasada
Donde Meco murió, que era su tío;
Pero la mala vieja macilenta
Con aquestas razones lo calienta:

«Caro señor, el amistad estrecha
Y nuestro parentesco me provoca
A decir lo que á todos aprovecha
Y para bien comun abrir la boca;
Pues en particular yo satisfecha
Estoy de la venganza que me toca,
Por tu bondad y por tus beneficios,
Sin que lo mereciesen mis servicios.

»Pero de aquellos polvos tales lodos
Han resultado de una y otra banda,
Que ya no va por mi sino por todos
El llevar adelante la demanda;
A todos cumple menear los codos
Y á ninguno mostrar la mano blanda,
Siendo de condicion el enemigo
Que nunca se descuida del castigo.

»Las afrentas y muertes de varones
Como se vean con mayor pujanza,
No las han de dejar entre renglones
Asegurándose con la venganza;
Y consta que sus odios y pasiones
Tienen de descargar en Pigoanza,
Por regirse por él toda la tierra
Y ser el nervio duro de la guerra.

»Y si por caso, lo que Dios no quiera,
De paz ó guerra caes en sus manos,
Reconocida tienes la manera
Del castigo que dan estos tiranos:
Vivos en ardentísima hoguera
Los sepultan por casos muy livianos;
Pues considera si serán mas justos
Contigo que les das tantos desgustos.

»Estos son los regalos y mercedes
Que hacen á quien es mas obediente;
Y así circuncidar aquestas redes
Será de valeroso y de prudente:
Ninguno mas que tú pues solo puedes
Librarnos de tan mal inconveniente;
Tantea, mira, piensa bien los modos
Porque tu voluntad es la de todos.

»Cuantos quisieres entran en la liga,
Y de su general tienes los votos;
Ninguno dellos hay que no te siga
De los cercanos y de los remotos;
Tardanza solamente los fatiga
Y no desmayan los que fueron rotos,
Por ser aquel un caso repentino,
Sepultados en sueño con el vino.

» De cuyo mal sacamos advertencia
Para siempre vivir apercebidos,
Por ser cosa común con experiencia
Hacerse descuidados advertidos.
Hay demás desto grande diferencia
De acometer á ser acometidos;
Pues para destruillos y vencellos
Nosotros hemos de ir en busca dellos.

» Tú llevas gran pujanza y eminencia;
Su gran flaqueza ya nos es notoria;
Cosa principal es la diligencia
Y no para tener por accesoria,
Porque si destos crece la potencia,
Habrá dificultad en la victoria;
Mas si tu dilacion no les ayuda
De su destrucción no tengo duda.

» Por tanto, mira bien lo que conviene
Con tiempo, pues lo tienes de presente:
No se diga por tí, quien tiempo tiene
Y otro mejor atiende se arrepiente;
La perplejidad ciega se cercene,
Y no vivamos tan infamemente,
Ni rehusen entrarles por su puerta,
Pues te la da fortuna tan abierta.»

Dijo, y el Pigoanza convenido
De las persuaciones desta vieja,
A fin de se quitar de mal ruido
Determinó hacer lo que aconseja:
Convocó los que siguen su partido;
Flechas, lanzas y dardos apareja:
Llegáronse de partes diferentes
Sobre doce mil bárbaros valientes.

No con ropas de grana ni de seda,
Sino las que les dió naturaleza,
Sobrellas oro y el betun de grada
O bija por salud ó gentileza:
Fáltame copia con que decir pueda
Su brio, su postura, su braveza,
Feroz y denodado continente,
Al de su corazón correspondiente.

Llegados todos al alojamiento
Proveidos de jaculos mortales,
El Pigoanza hizo llamamiento
De todos los caciques principales:
Hubo de capitanes nombramiento
Y de los necesarios oficiales,
Y para dar sazón a lo que resta
Con tal exhortación los amonesta:

« Bien sabéis, sin que yo lo represente,
El fin para que somos congregados,
Que de las causas es la mas urgente
Y la que mas despierta descuidados,
Pues que nos quiere peregrina gente
Quitar la libertad y los estados,
Y consentirselo será de locos,
Siendo nosotros muchos y ellos pocos.

» Y no mejores, si haceis examen
De sus fuerzas, ardid y valentía,
Pues como se confundan y derramen,
Su mas alto valor es cobardía;
Y á parangon en singular certamen
Ninguno dellos prevalecería
De los que veo con el menos hombre,
Si de menos pudiera tener nombre.

» Piés de caballos son en los que estriban
Para huir en viéndose acosados;
Y sus encuentros, como se reciban
Por hombres con aviso reportados,
Con facilidad grande se derriban
Como si fuesen tímidos venados:
Experiencia tenemos con su daño
Y á su costa patente desengaño.

» Antes teníamos otros conceitos,
Juzgándolos por hombres inmortales,
Mas ya reconocemos ser subyectos
A hambre, sed y los comunes males,
De suerte que los blancos y los prietos
Somos en el morir todos iguales,
Mas mucho mas cercanos á la pena
Los que son pocos en región aiena.

» El mayor y menor dellos trabaja,
Cansados andan, flacos y deshechos;
No se nos aventajan una paja
En fortaleza y animosos pechos;
Solamente nos tienen de ventaja
Tajantes y acutísimos pertrechos,
De los cuales algunos ya son míos,
Ganados en sangrientos desafíos.

» De los nuestros, aunque de peor traza,
Infinidad verán á la redonda
Con dardo, flecha, pica, lanza, maza,
Volante piedra de estallante honda,
Que cuando fuerte brazo desembraza
Hasta las plantas de sus ramos monda,
Y en las sensibles rompen sus escesos
Dientes y muelas, y quebrantan huesos.

» ; Ea pues, valerosa compañía!

Poned los piés en orden y las manos,
Y caminemos por secreta vía,
No por campos abiertos ni por llanos;
Saldreis mañana, porque esotro día
Hemos de beber sangre de cristianos,
Y de la carne misera vencida
Terneis á vuestro gusto la comida.»

Dijo su parecer el Pigoanza
Y armaráronse todos á su voto,
Asegurados de la confianza
Que tienen de tan pródigo piloto:
En el beber creció la destemplanza,
El estruendo, murmurio y alboroto,
Segun que suelen en infame boda
Después que ya la gente se embeoda.

Y cada cual de las parcialidades
Se jacta de sus fuerzas y su maña,
Con las inievas monstruosidades
De que tenia llena su cabaña,
Diciendo que las mismas crueldades
Esperimentarian los de España;
Las pellejas al fin de los mejores
Habian de ser cueros de atambores.

Este concurso, como quier que fuese
A muchos sospechosos ocultado,
No lo fué tanto que no lo supiese
Inando, y aun acaso fué llamado,
Y pudo ser que sus disculpas diese
Y quedase con ellas escusado.
El, en efecto, como buen tercero,
A los cristianos hizo mensajero.

Diciéndoles que miren por sus cuellos
Y estén alerta bien apercebidos,
Porque tal día llegarán sobrellos
Sobre doce mil indios atrevidos,
Y que con lo que puede socorrellos
Es avisar que vivan advertidos,
Usando de las buenas prevenciones
Que piden semejantes ocasiones.

Item, que por ser tantos en la masa,
El no podía ir personalmente,
Porque también temor le pone tasa
Para neutral mostrarse de presente;
Mas á decilles todo lo que pasa
Inviaba persona suficiente,
Que le pregunten lo que conviniere
Y no duden de cosa que dijere.

El mensajero sigue su viaje,
Y como mozo suelto y advertido
Atravesó por montes y bosqueja
De ningunas espías impedido;
A Timaná llegó con su mensaje,
Que fué por todos bien agradecido,
No sin alteraciones de los pechos,
Dudosos en los fines destos hechos.

El bárbaro le hizo manifesto
Al Juan del Río cuanto le pregunta,
Por ser el capitán, y demás desto
Aquellas circunstancias que barrunta;
Y así, por les venir el golpe presto,
Luego de los vecinos hizo junta,
Que no pasaban todos de noventa,
Serian de caballo los cincuenta.

Cada cual dellos es hombre bastante
En esfuerzo, valor y en experiencia,
Pero contra tumulto semejante
Dudosos por la falta de potencia;
Mas como fuese lo mas importante
Allí la brevedad y diligencia,
No pudiendo del mal hacer desvío,
Habló desta manera Juan del Río:

« Señores, dentro estamos en la danza,
Y para la danzar buenos y sanos;
Refugio no lo hay ni confianza,
Sino, después de Dios, de nuestras manos:
De prevalecer tiene nuestra lanza,
Pues somos españoles y cristianos;
Al mal inevitable poner pecho,
Que donde hay fuerza piérdese derecho.»

» Gracias al soberano paraíso,
Eterna gloria de los celestiales,
Que por un infiel bárbaro quiso
Mercedes nos hacer tan esenciales,
Porque si nos tomaran sin aviso,
No se nos escusaban grandes males;
Pero con él la cantidad inmensa
Peor negociará de lo que piensa.»

» Manos á la labor, señores míos,
Y en ellas sin faltar las armas prestas,
En el orden y medios no tardios,
Porque las dilaciones son molestas,
Y á quien espera tales desafíos
No le conviene reposar las siestas:
Parecer pido para que se vea
Qué modo se terná que mejor sea.»

El buen capitán Arias Maldonado,
En ausonio país soldado viejo,
Dijo: « Sea por fuerza que por grado
Todos han de seguir vuestro consejo,
So pena que quien fuere descuidado
Ha de dejar por prenda su pellejo:
A vos, señor, mandarnos pertenece,
Y á mí que diga lo que me parece.»

» Los indios, como suelen, con obscuro
Han de venir por partes asechadas:
Adivinemos con juicio puro
Cuales tienen de ser estas entradas;
Ternemos, pues no hay cerca ni muro,
Las bocas de las calles ocupadas,
Formados nuestros breves escuadrones
De buenos caballeros y peones.

» Pues ellos tienen de entablar su juego
Por donde fuéremos acometidos,
Poniéndoles á los buhios fuego,
Y á podello hacer somos perdidos;
Mas puestos donde digo, pueden luego
Ser de su mal intento rebatidos,
Y á hallarnos afuera ó en el medio
Del pueblo, carecemos de remedio.»

» A caballo se ronde por defuera
Por hombres que se den tan buena maña
Que en el rondar lo hagan de manera
Que den la vuelta hasta la montaña,
Pues que pueden venir á la lijera
En sintiendo llegar bárbara saña,
Y el arma que se diere y el mensaje
Ha de ser por aquel mismo paraje.»

» Este cual ha de ser yo lo barrunto,
Y aun por dos partes tentarán el nido:
Allí estaremos, y en oyendo junto
La voz despertadora del oido,
Acomodarnos hemos tan á punto
Que defendamos bien nuestro partido:
Este es mi parecer, y al mas perfecto
Que podrian dar otros me subyecto.»

Considerada pues esta sentencia
Segun urgente brevedad ordena,
De todos, sin ninguna diferencia,
Fué dada y aprobada por muy buena;
Y así con la posible diligencia
A los cuerpos se dió temprana cena,
Debajo de tener ya por las cuevas
Con gran aviso centinelas puestas.

El globo de la densa pesadumbre
Ya los dorados rayos encubria
De la preclara y rutilante lumbre
Que lleva con la suya la del día,
Cuando los nuestros con incertidumbre
De la turbada hora cuál sería,
Se pusieron sus haces ordenadas
En las partes que fueron señaladas.

Seis rondas de caballo por defuera
Del pueblo, repurgados los oídos,
Los ojos á la selva que frontera
Tienen, con atención van dirigidos,
Porque los indios cosa cierta era
Venir por espesuras abscondidos;
En lo cual y en lo mas que represento
Nunca se defraudó su pensamiento.

Porque con estos mismos pareceres
Tomaron las montañas por cubijas,
Con mas de diez ó doce mil mujeres,
Y con las madres las adultas hijas,
Cargadas en aquestos menesteres
Unas con armas, otras con vasijas,
Para guisar la caza sin tomalla,
Ni ver el cierto fin de la batalla.

Y con ser este número crecido,
Que siempre caminaba por bosqueja,
Nunca jamás se percibió ruido
En toda la distancia del viaje;
Al fin, con paso lento y encogido,
Todos llegaron juntos al paraje,
Cuando Titán entró por el ocaso,
Y no por eso salen á lo raso.

Antes en la montaña se sepultan
Esperando mas cómodas sazones,
Segun para hacer salto se ocultan
Los carníceros tigres y leones:
Los caciques se juntan y consultan
El orden que ternán los escuadrones,
Los cuales determinan y decretan
Que por dos partes entren y acometan.

Esta fué la razón, segun se piensa,
Que por ser pocos los acometidos,
Y de su parte multitud inmensa,
Serian con facilidad vencidos,
Por haber de salir á su defensa
Los nuestros en dos partes divididos,
Y barrerian el impedimento,
Segun á flaca paja recio viento.

Y en esto no hacían falsa cuenta
De no tener la gente peregrina
Fuerza para salir desta tormenta
Si no les acudiera la divina;
Mas todo cuanto multitud intenta,
Esta lo desbarata y arruina,
Sin fallecer en cosa que comience,
Pues con su voluntad todo lo vence.

Antes pues de salir á rasa plaza,
En el monte metidos y reclusos,
Para que los de honda, dardo, maza
No fuesen mal digestos ni confusos,
Se dió tan buena y ordenada traza
Cuanto pudieran dar itales usos,
Repartidos los doce mil que pongo
Entre dos, Pigoanza y Anibongo.

Tan bien proporcionadas las hileras
Como tudescos de los mas cursados,
Picas ó lanzas son las delanteras,
Luego los macaneros esforzados,
Las crujidoras hondas y lijeras
Con adaptadas piedras á los lados,
Cuyos tiros no salen menos ciertos
Que los de los flecheros mas expertos.

Pareciéndoles pues ser oportuno
Tiempo para salir de la emboscada,
A su lugar acude cada uno
Por tácita señal que les fué dada,
Tan sin rumor como si de ninguno
La tierra por allí fuera hollada;
Y en la reformación al monte junto
Las haces se pusieron en su punto.

Y así cuando quería ya la Aurora
Apartarse del frigio marido,
Por se llegar la reiterada hora
En que suele dejar el dulce nido,
La gente que pensó ser vencedora
Y no hallar al pueblo prevenido,
Se fué llegando con los pasos lentos
A los apercebidos aposentos.

Mas el pronto mirar de los de España,
Entonces mas despiertos y advertidos,
Consideró que acia la montaña
Inclinan los caballos sus oídos;
Allá los ojos van, y en la campaña
Vieron los escuadrones estendidos;
Vuelven las riendas todos de improviso,
Y ¡arma! diciendo, ¡arma! dan aviso.

El católico bando reconoce
Venir los indios ya por la dehesa:
Al bárbaro feroz, cruel, atroz,
De la señal que vió mucho le pesa;
Ansi nunca jamás fiero veloce
Con tal presteza va por hacer presa,
Cuanto los bárbaros en su corrida,
Sin salir de la orden referida.

Acometieron por las dos entradas
Que por los nuestros eran defendidas,
Donde por no las ver desamparadas
Aman el detrimento de sus vidas;
Ya son perdidas, ya recuperadas,
Con reciprocaciones repetidas,
Segun en la marítima ribera
Ondas que ya van dentro, ya van fuera.

Un entrada defiende Juan del Rio
En el caballo Ocon ya memorado;
Guardan la otra, no con menos brio,
Juan de Orozco y Arias Maldonado;
Tientan romper al bárbaro gentío
Con los caballos, pero tan cerrado
Hallan el escuadron y tan atento
Como la prontitud del pensamiento.

Suenan las voces y las destemplanzas,
Apresuradas las arremetidas,
Tanto, que llegan á medir las lanzas
Las unas de las otras rebatidas;
Son de la multitud las confianzas,
Mas no sin esperiencia de heridas,
Por la destreza de los españoles,
Mas firmes y mas hijos que peñoles.

De parte de los bárbaros gobiernos,
En una y otra parte represados,
El ruido fué tanto de los cuernos
O caracoles grandes engastados,
Que parecia que de los infiernos
Salían rebramando los dañados
Gritos de las mujeres y clamores,
Y roncós sonos de sus atambores.

Rompen los aires y las nubes hienden;
Obra la furia, crece la porfia;
Palabras ciertas no se comprehenden,
Porque la confusión prevalecia;
Solas las manos son las que se entienden
Por quien contrario golpe recibia;
Hablan tajo, revés, aguda punta,
O macana que brazos descoyunta.

No vuela bala de arcabuz ardiente,
Ni la que batir suele la muralla,
Porque fuerza de brazos solamente
Es la que da valor á la batalla;
La lanza y el espada del valiente
Se deja conocer donde se halla,
Tanto, que no debieran tales hechos
Contarse con elogios tan estrechos.

Y así de señalados en la furia
No declara los nombres nuestra historia,
Porque del tiempo la comun injuria
Los ha borrado ya de la memoria,
Y varias relaciones por incuria
Como cosa los dejan accesoria,
Pero dellos los mas particulares
Allí hicieron lances singulares.

Ensangrentando pues duro cuchillo
Uno que bien sabia meneallo,
Encuentra con un bárbaro caudillo
Con tal punta que pudo derriballo;
Queriéndolo valer, abren portillo
Y entró luego por él con su caballo
El Juan del Rio, que de tal ventura
Deseaba la vez y coyuntura.

Rompe por las hileras y atropella
El buen Ocon usando de sus mañas;
Van veinte de caballo por su huella
Alanceando bárbaras entrañas;
En los que mas se muestran hacen mella,
Mella que no padecen sus hazañas,
Aunque dellas no damos tal trasunto
Que las subamos al debido punto.

Y así después que vido Pigoanza
Por su cuartel el escuadron rompido,
Y que hacia la cristiana lanza
De sangre bárbara rio crecido,
Dejó de vencedor la confianza,
Y á temor se rindió de ser vencido;
Mas todavía con ardor terrible
Hacia de su parte lo posible.

Las quiebras reparando y socorriendo
Con algunos de los de mas estima,
Adonde los que halla combatiendo
Por honorosos términos anima,
Y á los que sueltamente van huyendo
Con obras y palabras los lastima;
Pero siempre faltó correspondencia
A su valor y buena diligencia.

Porque los nuestros daban tanta priesa
Que cuanto hace se desproporciona,
Y así viendo la suerte ser aviesa,
La cual á mas andar lo desentona,
De concertar el desconcierto cesa,
Dando seguridad á su persona,
Tomando por amparo la montaña,
En tristeza y temor vuelta su saña.

Los otros que por Arias Maldonado
Y su compañía fueron rebatidos,
Oyeron ó supieron mal su grado
Ser los de Pigoanza ya rompidos;
Con la cual turbación hallaron lado
Los pocos españoles advertidos,
Y en el instante la cristiana lanza
Por donde halló puerta se abalanza.

Rompen con los caballos, hieren, matan,
No faltando peones que segunden,
Encuentran, atropellan, desbaratan,
Sin dejar puesto que de nuevo funden,
Antes de los que tienen se desatan,
Y todos se revuelven y confunden,
Do los efectos del cruel torneo
Fueron á la medida del deseo.

Porque los nuestros ya juntos pelean
Contra la haz del bárbaro gentío,
Y á toda broza hieren y alancean
Segun su voluntad y su albedrío,
Y por cualquier lugar do se menean
La sangre derramada hace río,
Que despedían las entrañas rotas
Como de gran turbion espesas gotas.

Cesó la grita, suena duro llanto
Del misero que dió mortal caída;
Atónitos los vivos, con espanto
Apresuraron todos la huida;
El español los sigue hasta tanto
Que tomaron el monte por guarida,
Adonde los dejaron no tan llenos
Como vinieron, sino seis mil menos.

Quedó victoriosa nuestra gente
Y libre de tan áspera zozobra,
Reconociendo, como fué patente,
Haber sido de Dios aquella obra,
Porque con su favor al impotente
Virtud, valor y prontitud le sobra
Para poder vencer con facea lanza
A quien estriha sobre gran pujanza.

A los opresos de fatal yactura
Que les encaminó su propia ira,
En las entrañas de la tierra dura
Ninguno los encubre ni retira,
Por dalles en la suya sepultura
Los bárbaros que estaban á la mira;
Porque gran cantidad desta canalla
Esperaban el fin desta batalla.

Gente de quien la nuestra se servia
En lo que suelen los subyectos siervos,
Amigos por la mucha cercanía,
Mas en voluntad falsos y protervos:
Los cuales á la carne que yacia
Acudieron como voraces cuervos,
Y en breves horas los campos cubiertos
Quedaron libres de los cuerpos muertos.

Destos de paz un bárbaro doliente
Que sobre báculo se sostenia,
Pidió para comer un delincuente,
Diciendo que con él engordaria;
Concediéronselo liberalmente,
Y dió fin dél en un tan solo día:
Hinchió del vientre tanto los lugares
Que luego reventó por los ijares.

Esta voracidad que hemos contado
Dió (por ser caso raro contingente)
Testimonio Francisco de Alvarado,
Escribano, que se halló presente.
Quedó pues Pigoanza quebrantado
Y del pasado brio diferente,
Pero no la venéfica Gaitana
Perdida por beber sangre cristiana.

La cual con esta sed insaciable
Y duros apetitos de venganza,
No con ver el conflicto miserable
De sus propósitos hizo mudanza,
Ni pudo contenerse sin que hable
Con grande libertad al Pigoanza,
Atreviéndosele como pariente,
Y lo que le habló fué lo siguiente:

«No sé si duermes ó si estás despierto;
Pero si yo no hago falsas cuentas
Menos es de dormido que de muerto
Aquesa turbación que representas:
Agora cumple pues ser mas alerta
Y no rendirte para mas afrentas
A la fortuna, pues por bien que remen
Peor negocian los que mas la temen.

»Y si por el desastre sucedido
Tus vecinos te ven acobardado,
Tu que solias dellos ser temido
Has de temer al de menor estado,
Porque todos se atreven al caído,
Y de ninguno es anticipado;
Pero si muestras das de que confias
No dejarás de ser lo que solias.

»No pierdes con la sombra del nublado
Sus naturales rayos el estrella,
Pues el vapor resuelto y acabado,
Queda su lumbré sin padecer mella;
Y el bueno de fortuna contrastado,
No por eso se deja vencer della,
Por tener sus efectos esta tasa,
Que próspera ó adversa luego pasa.

»Entonces te cubrió nublado triste,
Pero si como bueno perseveras,
Muy presto ganarás lo que perdiste
Tomando los negocios mas de veras:
La voluntad de todos conociste,
Y agora se las tienen tan enteras,
Los cuales sin mirar en lo pasado
Desean otra vez pasar el vado.

»Nuevamente por mí son convocados
Con gran solicitud y diligencia,
Y todos están prestos y aviados
Sin nadie rehusar la competencia,
De mortíferas armas pertrechados
Y mas aventajados en potencia:
Es determinación tan necesaria
Que hurlan de quien tiene la contraria.

»Estas que digo son las intenciones
Que tienen arraigadas en sus pechos,
Porque por muchas causas y razones
Estan de la victoria satisfechos;
Y desta vez los péfidos ladrones
Han de ser consumidos y deshechos:
Podrías tú tener demoras lenguas,
Mas de vencer ninguna duda tengas.

»Su cierta perdición no me es oculta,
Porque de mis encantos apremiado
Tuve con el demonio gran consulta
Para hacerte mas desengañado,
Y así de la razón que dió, resulta
El cumplimiento de lo deseado:
Pues afirmó vencer el estandarte
Que la verdad tuviere de su parte.

»No debes recelar suerte siniestra,
Segun aquel espíritu me inspira,
Porque mas claro que la luz se muestra
No poderse librar de nuestra ira:
Que la verdad está de parte nuestra
Y de los mentirosos la mentira;
Por tanto reconoce tus ventajas,
Pues no te mueves á humo de pajas.»

Dijo la mala vieja su compuesta
Razon, y como para tal empleo
Estaba la materia bien dispuesta,
Con la promesa de ganar trofeo
Tuvo de Pigoanza la respuesta
En nada discrepante del deseo;
Y así luego despacha sus recados
Para juntar amigos y aliados.

Y ella misma con deudos y parientes
Otros algunos barbaros visita,
A los cuales con lágrimas ardientes
A que la favorezcan los incita;
Y para tener buenos espedientes
Halaga, sarjentea y solicita.
Atrajo los panaes ó panaos
Y la brava nación de los pijaos.

Así los llaman á los desta casta
Los españoles, y es la razón cierta
Porque la corpulencia de aquel asta
Se precian de traerla descubierta:
Gente suelta, feroz, fornida, basta,
Y en uso de la guerra muy esperta;
Membrudos, bien dispuestos, caras torvas,
Las frentes anchas, las narices corvas.

Selváticos, caribes, atrevidos
Todos en general, y en tanto grado,
Que muertos pueden ser, mas no rendidos
A condiciones de servil estado;
Y con estar hoy quasi consumidos,
Aquel terreno traen fatigado,
Tanto, que se reparten en la tierra
Gastos, para les ir á hacer la guerra.

De cuyos pechos y repartimientos,
Todas aquellas veces que hay entrada,
Para dar necesarios instrumentos,
No suele ser persona reservada;
Y en la contribucion no son exentos
Los deste nuevo reino de Granada,
A causa de los pasos y caminos
Po do se comunican los vecinos.

Suelen pues suceder penosos trances
A muchos que frecuentan estas sendas,
Adonde yéndoles á los alcances
Aquestas gentes barbaras y horrendas
No dejan de hacer algunos lances
Costosos á las vidas y haciendas;
Con que, si llega toda la cuadrilla
A quinientos, seria maravilla.

Civiles guerras fueron su quebranto
Y los unos de otros ser comida;
Pero pocos conformes valen tanto
Como si fuese multitud crecida:
De manera, que son temor y espanto
Al tracto de la gente bien nacida,
Porque sus términos en osadía
Escuden á cualquiera valentía.

Su grande prontitud en la pelea,
El hervor, la postura y el cuidado,
Fuerza y agilidad con que menea
Cuerpo, y el bote del astil tostado,
Es ver cuanta destreza se desea
En un escogidísimo soldado;
Muchos ya traen armas enastadas,
En guerras adquiridas y ganadas.

Puede dar desto relacion integra,
Por ser en sus recuentos bien usado,
El capitán Diego de Bocanegra,
Varon no menos diestro que esforzado,
El cual con sus victorias nos alegra
Y aun hace dellas el cierto tratado;
Prometido me ha dar copia luenga,
E yo las cantaré cuando la tenga.

Adonde se verán hazañas dinas
De tener entre buenas sus lugares,
Suertes y valentías peregrinas,
Luchas y desafíos singulares;
Pero dejadas estas, que por finas
Sus elogios ternán particulares,
Volvámonos á la vieja maldita,
Que también á pijaos solicita.

A la cual, como los lisonjeaba
Diciendo ser terror de todas gentes,
Oían bien aquello que rogaba
Y á todo se mostraban obedientes;
Y así juntó de aquella nacion brava
Tres mil aventajados combatientes,
Reacia, pertinaz, perseverante,
Hasta llevarlos todos por delante.

Ya congregada la bravosa lanza,
Macana y dardo de tostada punta,
Van caminando con la confianza
Del que victorioso se barrunta:
Llegaron donde estaba Pigoanza
Y los demás consortes de la junta,
Que los reciben con alegre cara
Y grandes regocijos y algazara.

No cabe Pigoanza de contento,
Viéndose con ejército pujante
Que contra fuerza de mayor momento
Mucho menor pudiera ser bastante:
Tuvo con ellos largo cumplimiento,
Y otro día teniéndolos delante,
En alto trono, con la voz severa,
A todos les habló desta manera:

«Amigos y parientes, si se debe
A beneficios recompensa larga,
El que de vos recibo no es tan leve
Que no me sea ponderosa carga;
Y aunque causa comun á mi me mueve
Por ocasion que á todos es amarga,
Vuestra bondad, valor y cortesia,
Hacen que la comun tenga por mia.

» No cierto por provecho que pretenda
De lo que desta guerra resultare,
Sino para que cada cual entienda
Quel tiempo que la vida me durare
He de poner la vida y la hacienda
En cualquiera negocio que os tocare,
Vista vuestra leal correspondencia,
Virtud, solicitud y diligencia.

» Y no ser parte nuestro mal suceso
Para haceros de valor ajenos,
Pues aunque maltractados, no por eso
Quereis rendiros ni venir á menos,
Antes en el enmienda del avieso
Estais determinados como buenos,
Con otra mas atenta disciplina
Que aquella que causó nuestra ruina.

» Por ser parte de nuestra mal andanza
En el entrar tener término loco,
Y confiados de nuestra pujanza,
A los contrarios prácticos en poco;
Pues á no se romper el ordenanza,
Otros fines tuvierá lo que toco,
Y en veces del estrago lamentable
Ganáramos victoria memorable.

» Mas ya que vuestro buen entendimiento
En mejorarse hace gran instancia,
Prestamente vereis el cumplimiento
Si peleais con orden y observancia,
Sacando del error acertamiento
Y de pasada pérdida ganancia,
Como suele quien tiene buen aviso
Tomándolo de aquello que no quiso.

» Porque falto sería de prudencia
Quien ya padeció riesgo de la vida
En alguna notable contingencia
Por descuidos ó casos sucedida,
No vivir con recato y advertencia
Huyendo siempre de la recaída;
Pues tiene descubiertos los engaños
Que fueron el origen de sus daños.

» Es la substancia pues de lo que quiero,
Tener en el romper tanto cuidado,
Que aunque caiga cualquiera compañero
De las contrarias armas derribado,
El escuadron esté firme y entero
Y en su prosecucion siempre cerrado
Con tal vigor las lanzas, que no halle
Portillo que caballo haga calle.

» Porque con los caballos nos destruyen
Si falta fuerza para detenerlos;
Con ellos entran y con ellos huyen,
Valiéndose de sus veloces hiellos;
A ellos sus victorias atribuyen,
Que pié con pié mejores somos quellos:
Por tanto, do caballos dieren priesa
Allí de lanzas multitud espesa.

» Cada cual con la suya corresponda
Haciendo que se tengan á lo largo,
Y al escaramuzar á la redonda
Un solo pié no hallen sin embargo;
Entonces los de flecha, dardo, honda
Usen de lo que tienen á su cargo,
Y aunque este quede muerto y aquel pene
El escuadron jamás se desordene.

» En esta proporcion siempre constante
Desque salieremos de la montaña,
Sin reparar iremos adelante
Hasta ganar el pueblo que nos daña;
Pues desta suerte no será bastante
Caballo ni peon ni buena maña,
Para que por mi parte no se vea
El glorioso fin desta pelea.

» Tenemos los contrarios descuidados,
De nuestro revolver inadvertidos,
Los pasos sospechosos advertidos
Por do puede llegar á sus oídos;
Nosotros en las selvas ocultados
Saldremos á sazón que estén dormidos,
Hasta que duro golpe los despierte
Para dormir el sueño de la muerte.

» Avisos tengo desto fidedinos
Con otra certidumbre, y es aquesta:
Que nuestros consultores adivinos
Dicen ser la victoria manifiesta.
¡Ea pues, corazones diamantinos!
Vamos con brevedad, que es lo que resta
Para gozar, pues hay vez oportuna,
Del bien que nos ofrece la fortuna.

Esto dicho, la turba de gentiles
Que la razon oyó con advertencia,
Alzaron los beligeros astiles
Prometiéndole estar á su obediencia:
Allí se muestran Héctores y Aquiles
En el hablar y en la correspondencia,
Con posturas no menos y semblantes
Que suelen los salvajes semejantes.

Luego los campos, donde están incluso
(Sin los mozos bisoños y novicios)
Quince mil que de guerra tienen usos,
Demás de las mujeres y servicios,
Suenan á todas partes con confusos
Ruidos y murmurios y bullicios,
Como susurros de los vientos prestos
Formados en los árboles opuestos;

O como cuando de las nubes rotas
De fulminosa furia descendiendo
Vienen espesas y crecidas gotas
Los aires vaporíferos rompiendo,
Que con venir de nos algo remotas
Oímos el ruido y el estruendo,
Hasta tanto que sirven de flagelo
Para blandura dar al duro suelo.

En el interin pues quel señalado
Día llegaba para su demanda,
Después de ver el jáculo tostado
Ser tal que no tuviese punta blanda,
Aquel que dellos era mas templado
A sucias borracheras se desmanda,
Con cantos y con bailes de placeres
Donde también entran las mujeres.

Del tumulto furioso desta junta,
Do cantando declaran sus concetos,
Fué sabidor Inando, que barrunta
Della no resultar buenos efectos;
Y así por tantas vias lo pregunta
Que descubrió los tractos y secretos,
Y luego procuró como solia
Avisar la cristiana compañía.

Mas no se confiando de tercero
Que supiese llevar aquel recado,
El mismo quiso ser el mensajero,
De noche, por camino desusado:
A Timaná llegó cuando el lucero
Iba sobre los montes encumbrado,
Y para desaguar el fiel pecho
A cas del Juan del Rio fué derecho.

Fué su persona del bien recibida,
Porque tenían amistad estrecha,
Y en ser extraordinaria la venida
Y á hora que da luz untada mecha,
No pudo, sin la causa ser sabida,
Dejar de concebir mala sospecha:
Recógense los dos incontinentemente
Y el Inando le dijo lo siguiente:

«Huélgome de hallarte levantado
Y con calzado de lijeras suelas,
Tu buen caballo presto y arrendado,
Calzadas todavia las espuelas,
Por ser señal que vives con cuidado
Y vienes de mirar las centinelas;
Pero si haces esto de ordinario,
Agora mucho mas es necesario.

» No conviene dormir noche ni siesta,
Sino que te prepares segun puedes,
Porque la mala vieja que os molesta
Por todos cuantos hay tendió sus redes;
Y estos son tantos que si salís desta
Os hará vuestro Dios grandes mercedes:
Ha congregado bravas compañías,
Y aquí serán antes de cuatro dias.

» Entiéndese segun mi conyectura
Y lo que por razon he descubierto,
Porque como mujer los apresura
Y el término que doy es el mas cierto,
Sé que padecereis gran desventura
Si no teneis buen orden y concierto:
Apercebíos como dicho tengo,
Pues por este respecto solo vengo.

» Yo cumplo, capitán, con lo que debo
Al amistad que tengo prometida;
Y pues que cosa mas no sé de nuevo,
Licencia pido para mi partida,
Porque salir con claro no me atrevo,
Quizá no den en mí de recudida,
Segun que muchas veces acontece
A quien con sus avisos favorece.

Agradeció la voluntad sincera,
Aunque la nueva no le fué jocunda,
Y dijo: «Dios lo haga de manera,
Pues que su santa ley aquí se funda,
Que como no ganaron la primera,
Pierdan ni mas ni menos la segunda;
Y si él me da victoria, yo te digo
Y juro de te ser fiel amigo.

» Anda con Dios, que la razon te sobra,
Y si pudieras por algun acecho
Mas avisos nos dar desta zozobra,
Usa del bien que siempre nos has hecho,
Porque con otras muchas esta obra
Nunca se borrará de nuestro pecho;
Y tú verás que lo que te prometo
Subirá de quilates el efecto.»

Hizo luego su paso presuroso
En apartándose del Juan del Rio,
El cual quedó no poco congojoso
Por esperar tan duro desafío;
Mas pues Inando va tras su reposo,
También será razon gozar del mio
Mientras se llega la penosa fiebre,
Porque con canto nuevo se celebre.

CANTO OCTAVO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza vino sobre Timaná con quince mil hombres de guerra, ferocísima é indómita gente, y lo que sucedió en aquella batalla contra menos de cien españoles, los cuarenta poco mas ó menos de caballo, y los demás peones.

Suma solicitud deben los buenos
Tener en el concierto de su vida,
Procurando de no venir á menos
De la opinion que tienen adquirida,
Porque la condicion de los terrenos
Algunas veces va tan sin medida,
Que si después de glorias hay afrenta
Solamente con ella tienen cuenta.

Pues como los sucesos igualmente
No respondan al bien afortunado,
El Juan del Rio gran congoja siente
En verse de potencia cercenado,
Porque podria ser en lo presente
Perder el crédito de lo pasado,
Mayormente sabiendo ser ya mucha
Desproporcion para vencer la lucha.

Pero por demás era tener vario
Querer, fuera del trance peligroso,
Que la presta venida del contrario
No da lugar á pausa ni reposo;
Acometelles era voluntario;
Esperar bien ó mal, era forzoso;
Y así guiado deste pensamiento
Hizo de sus consortes llamamiento.

Luego vinieron todos á bandera
Cuantos en el lugar hay congregados,
No de sus armas tan á la lijera
Que no viniesen bien aderezados,
Porque como soldados de frontera,
Nunca jamás estaban descuidados;
Y viéndoles aquel que los convoca
Para los advertir abrió la boca,

Diciéndoles: «Inando me dió cuenta,
No de mas tiempo questa madrugada,
Aparejársenos una tormenta
De mayor tempestad que la pasada,
Y porque cumple para tal afrenta
Estar la gente presta y avisada,
He querido, señores, que se ordene
En esta junta lo que nos conviene.

» El golpe sé que viene ya cercano,
Con no menos de quince mil infantes;
Conozco ser la nuestra flaca mano
Contra tal multitud de litigantes;
Mas tengo por regalo soberano
Habernos dado los avisos antes,
Porque quien para ellos abrió puerta,
Que es Dios, nos ha de dar victoria cierta.

» Volvámonos á él con importuna
Oracion de católicos fervores,
Y confesémosnos una por una
Pidiéndole perdon de los errores;
Lo cual hecho creamos sin ninguna
Duda que quedaremos vencedores
Como de la pasada, pues que llenos
Vistes de cuerpos muertos estos senos.